

La historia real detrás del misterio de la Embajada en La Habana



Por: Jack Hitt

Los funcionarios estadounidenses dicen que diplomáticos en Cuba fueron abatidos por un “ataque” sónico. Pero el culpable más probable es mucho menos futurista, y mucho más aterrador.

La crisis diplomática más grave del gobierno de Trump, o quizás la más extraña, comenzó sin mucha notificación en noviembre de 2016, unas tres semanas después de que se eligiera al nuevo presidente. Un estadounidense que trabaja en la Embajada de los Estados Unidos en La Habana -algunos lo llaman Paciente Cero-, se quejó de que había oído ruidos extraños fuera de su casa.

“Fue molesto hasta el punto de tener que ir a la casa y cerrar todas las ventanas y puertas y subir la televisión”, dijo el diplomático a ProPublica. Cero discutió el sonido con su vecino de al lado, que también trabajaba en la embajada. El vecino dijo, sí, él también había escuchado ruidos, que describió como “sonido mecánico”.

Varios meses después, un tercer miembro del personal de la embajada describió que padecía una pérdida de audición que él asoció con un sonido extraño. En poco tiempo, cada vez más personas en la embajada hablaban de ello. Ellos también comenzaron a enfermarse. Los síntomas eran tan diversos como aterradores: pérdida de memoria, estupor mental, problemas de audición, dolores de cabeza. En total, unas dos docenas de personas fueron eventualmente evacuadas para pruebas y tratamiento.

El brote en la Embajada de los Estados Unidos en Cuba no fue la única enfermedad misteriosa que apareció en los titulares. Casi al mismo tiempo que los funcionarios de la embajada se preparaban para volar a casa, más de 20 estudiantes en una escuela secundaria de Oklahoma repentinamente tuvieron síntomas desconcertantes: espasmos musculares incontrolables, incluso parálisis.

Unos años antes, un incidente similar en una escuela en el estado de Nueva York llamó la atención de la televisora afiliada local de Fox News, que provocó el pánico de los padres ante la posibilidad de que sus hijos hubieran sido afectados por un trastorno inmunitario no identificado. Pero el misterio cubano, insistió el gobierno de Trump, era diferente. No fue un percance ambiental, sino algo mucho más diabólico.

Alentados por funcionarios de los Estados Unidos, los medios rápidamente desplegaron una historia de que el misterioso sonido era un “ataque”, un acto de guerra. Algún tipo de “arma acústica” había sido dirigida secretamente a los diplomáticos, en un esfuerzo por reducirlos a zombies con daño cerebral. La historia fue contada con un poco de envidia de la Guerra Fría.

Los contratistas privados y el propio laboratorio militar del Pentágono, la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de la Defensa, habían estado trabajando durante mucho tiempo para desarrollar un arsenal de armas sónicas. Hubo algunos éxitos limitados con dispositivos engorrosos como MEDUSA (Mob Excess Diserrent Detentent Silent Audio) y LRAD (Long Range Acoustic Device), diseñados para causar un dolor insoportable en el oído que dispersa a las multitudes en tierra y a los piratas en el mar.

El sueño, por supuesto, era pasar de ese tipo de trabucos gigantes a algo más portátil y poderoso, como una pistola de rayos de Flash Gordon. Pero la fuerza aérea, después de algunos experimentos, concluyó que cualquier esfuerzo de este tipo con ondas de sonido sería “improbable” que tuviera éxito debido a los “principios físicos básicos”. Si alguien hubiera desarrollado un arma acústica portátil, habría ido mucho más allá del conjunto de habilidades de un Raytheon o Navistar y del arsenal de Q Branch de las películas de Bond.

Durante el año pasado, el esfuerzo por descifrar el misterio de qué tecnología podría haber causado los síntomas físicos en Cuba ha provocado una feroz lucha de nerds; una que ha enfrentado a científico contra científico, disciplina contra disciplina, The New York Times contra The Washington Post. Han surgido nuevas teorías, solo para ser derribadas o marginadas por la evidencia, o sofocadas por el sarcasmo de los rivales y escépticos.

Si analiza estas disputas científicas y batallas mediáticas, terminará en una sola teoría unificada que explica completamente los diversos síntomas de los diplomáticos lesionados, así como las circunstancias aparentemente inexplicables que rodean sus dolencias.

Resulta que, a diferencia de un arma futurista, la causa del dolor y el sufrimiento en la Embajada de Estados Unidos en La Habana parece ser tan antigua como la propia civilización. A lo largo de los siglos, ha sido responsable de algunas de las epidemias más confusas de la historia de la humanidad, desde la Edad Media en Europa hasta la América colonial. Y en Cuba, parece haber sido convertido en arma para nuestro tiempo, abriendo todo un nuevo campo de batalla en la guerra a la realidad de Donald Trump.

Desde el momento en que fue reabierta por Barack Obama en julio de 2015, luego de medio siglo de tensiones durante la Guerra Fría, la Embajada de Estados Unidos en La Habana se sintió como un lugar en la mira. Los agentes de la CIA regresaron a Cuba bajo el mismo régimen que la agencia había intentado repetidamente y no había logrado derrocar. Durante la campaña de 2016, Trump señaló que

“terminaría” la nueva política de puertas abiertas y se reunió públicamente con veteranos de la fallida invasión de Bahía de Cochinos.

Las tensiones aumentaron en septiembre de 2017, después de que el Secretario de Estado Rex Tillerson convocara a casa a unas dos docenas de diplomáticos y empleados afectados para someterse a exámenes médicos en la Universidad de Pennsylvania. Cuando alguien sugirió que a los diplomáticos se les podría permitir regresar a La Habana una vez que su salud mejorara, Tillerson se asustó.

“¿Por qué demonios haría eso cuando no tengo ningún medio para protegerlos?”, Resopló ante Associated Press. “Voy a rechazar a cualquiera que quiera forzarme a hacer eso”. Incluso antes de que se descubriera alguna causa, el director médico del Departamento de Estado, Charles Rosenfarb, parecía descartar los candidatos habituales para cualquier aflicción en el extranjero: mohos, virus, los mariscos mal aconsejados.

“Los patrones de lesiones”, insistió, “estaban más probablemente relacionados con el trauma de una fuente no natural”. El gobierno ya había decidido que el juego sucio estaba en marcha, y que el principal sospechoso era un arma secreta.

Una de las principales dificultades de usar el sonido que las personas pueden escuchar como un arma, es que se disipa rápidamente. Eso significa que tienes que hacer que el sonido sea verdaderamente alto para comenzar, por lo que aún puede hacer daño cuando llegue al objetivo.

“Para dañar a alguien que se encuentra fuera de la habitación, un arma sónica tendría que emitir un sonido por encima de 130 decibelios”, dijo Manuel Jorge Villar Kuscevic, un especialista cubano de orejas, nariz y garganta que examinó las pruebas. Eso es un rugido comparable al de “cuatro motores a reacción en la calle fuera de la casa”, una explosión que ensordecería a todos en las cercanías, no solo a un solo objetivo.

Otro error en la teoría inicial de las armas sónicas fue expuesto por ... un error. Mientras los diplomáticos se preparaban para someterse a una serie de pruebas, Associated Press filtró una grabación hecha en Cuba por una de las dos docenas de empleados afectados y la publicó en YouTube.

Aunque el sonido se había descrito de varias maneras contradictorias, algunos de los que lo escucharon experimentaron algo así como una estridulación de alta frecuencia y tono agudo. En resumen, sonaba como canto. Y, de hecho, una vez que los expertos escucharon la grabación de YouTube, hubo una revelación casi vergonzosa. ¿Qué oyeron muchos? Grillos

Literalmente, los grillos. Específicamente, *Gryllus assimilis*, también conocido como el grillo de campo de Jamaica, nombrado sarcásticamente entre los expertos en insectos como el “grillo silencioso”. Y si bien *Gryllus* puede ser tan ruidoso como, por ejemplo, una aspiradora, no es lo suficientemente ruidoso como para causar sordera. O, otros argumentaron, el sonido podría ser cigarras.

La investigación innovadora de ProPublica sobre el misterio de la embajada el invierno pasado citó a un profesor de biología llamado Allen Sanborn, quien dijo que la única forma en que una cigarra podría perjudicar su audición era “si se introdujera en su canal auditivo”.

Para enero de 2018, algunos de los expertos del gobierno habían descartado un ataque sónico. En un informe provisional, el FBI reveló que había investigado las ondas de sonido por debajo del rango de audición humana (infrasonido), las que podemos escuchar (acústicas) y las que estaban por encima de nuestro rango de audición (ultrasonido). La conclusión: no hubo causa sonora de los síntomas físicos experimentados por los diplomáticos.

Pero la administración de Trump no estaba dispuesta a permitir que la buena ciencia obstaculizara una política que satisface su base. El Departamento de Estado recortó el personal estadounidense en La

Habana en un 60 por ciento y rebajó la calificación a una “gira de servicio estándar”, una designación reservada para las embajadas más peligrosas, como las de Sudán del Sur e Irak.

Un día después de que el FBI descartara un ataque sonoro, Marco Rubio, quien despreciaba la política de Obama de restablecer las relaciones con la patria de su familia, abrió una audiencia sobre Cuba ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado. En lo que respecta a Rubio, los “ataques” eran un hecho, al igual que el arma y el agresor. “No hay forma de que alguien pueda llevar a cabo esta cantidad de ataques, con ese tipo de tecnología, sin que los cubanos lo sepan”, dijo a Fox News. “O lo hicieron, o saben quién lo hizo”.



El Hotel Nacional fue puesto en el expediente de los ataques sin la más mínima prueba.

Después de la audiencia, el senador Jeff Flake, quien había recibido información sobre la evidencia, dijo en voz alta lo que los científicos ya sabían: no había pruebas de que Cuba tuviera algo que ver con los síntomas experimentados por los empleados de la embajada. “Los cubanos se enfadan con la palabra ataque”, dijo a CNN durante una visita a La Habana. “Creo que están justificados para hacerlo. El FBI ha dicho que no hay evidencia de un ataque. No deberíamos usar esa palabra”.

En respuesta, Rubio esencialmente le dijo a Flake que se callara. “Es imposible realizar 24 ataques separados y sofisticados contra el personal del Gobierno de EE. UU. en #Havana sin que el #CastroRegime se entere”, escribió Rubio en Twitter. “Cualquier funcionario estadounidense informado sobre la materia sabe muy bien que, aunque el método de ataque aún está en cuestión, los ataques y las lesiones ocurrieron, ¿no?”.

Rubio, como muchos en el Partido Republicano, estaba copiando el libreto del hombre que tanto había intentado derrotar por la presidencia: si repites la desinformación con la frecuencia suficiente, y lo suficientemente enojado, comienza a tomar la forma de la realidad.

Los funcionarios cubanos, que aún operan bajo los principios científicos de la Ilustración, reaccionaron con incredulidad y, a veces, con sarcasmo. “Es evidente que para atacar a #Cuba algunas personas no necesitan ninguna evidencia”, tuiteó José Ramón Cabañas, embajador de Cuba en los Estados Unidos. “¡¡Siguiendo paradas ovnis !!”

No mucho después de las audiencias de Rubio, surgió una nueva teoría sónica de científicos de la Universidad de Michigan y la Universidad de Zhejiang, en China. Después de realizar una ingeniería inversa del sonido en la cinta de audio, llegaron a la conclusión de que las señales de ultrasonido de un dispositivo de uso cotidiano (una alarma contra robos, por ejemplo, o un detector de movimiento) cruzadas con las de un sistema de vigilancia secreto podían producir un sonido como el del grillo de YouTube.

Pero la nueva teoría, conocida como distorsión de la intermodulación, no tuvo éxito, por la misma razón que se desestimó la investigación del FBI: porque Rubio y otros en la administración continuaron insistiendo en que tenía que haber una intención maliciosa involucrada. La paranoia de Rubio sufrió un fuerte golpe en marzo, cuando el equipo médico al que se le había permitido examinar a 21 de los pacientes publicó su hallazgo en The Journal of the American Medical Association. Dados los datos limitados, los 10 autores del artículo no pudieron ser muy específicos.

“Debido a consideraciones de seguridad y confidencialidad”, escribieron, “no se pueden informar datos demográficos a nivel individual”. Sin embargo, al investigar este “conjunto de hallazgos novedosos” y “neurotrauma”, encontraron que las víctimas sufrían una amplia gama de síntomas: problemas de equilibrio, impedimentos visuales, tinnitus, trastornos del sueño, mareos, náuseas, dolores de cabeza y problemas para pensar o recordar.

También concluyeron que, si bien los pacientes experimentaron esta variedad de síntomas de ruidos cerebrales, no pudieron encontrar lo que debería haber sido una clara evidencia de conmoción cerebral en los escáneres cerebrales y otras pruebas.

“La mayoría de los pacientes tenían hallazgos de imágenes convencionales, que estaban dentro de los límites normales”, informó el equipo médico, señalando que las pocas anomalías dispersas podrían “atribuirse a otros procesos de enfermedad preexistentes o factores de riesgo”.

Los científicos concluyeron su informe con una frase que expresó su desconcierto: “Estos individuos parecían haber sufrido lesiones en redes cerebrales generalizadas sin un historial asociado de traumatismo craneal”. Según un autor, el equipo disfrutó refiriéndose a esta contradicción como la “conmoción cerebral inmaculada”.

Con los médicos dejando de rascarse la cabeza y un arma sónica descartada por el FBI, científicos emprendedores continuaron su búsqueda de una explicación sónica. En septiembre, The New York Times publicó una historia desalentadora en la portada, que se leía como una novela de Tom Clancy: “Los miembros de Jason, un grupo secreto de científicos de élite que ayuda al gobierno federal a evaluar nuevas amenazas para la seguridad nacional, dicen que ha estado analizando detenidamente el misterio diplomático de este verano y sopesando posibles explicaciones, incluyendo microondas. ”

El artículo se remonta tres décadas atrás, hasta los inicios de la era de la investigación sonora. Esos eran los días en que se acuñaban palabras espeluznantes como “neurowarfare”, y los científicos soñaban con desarrollar un arma que pudiera inducir “delirios sónicos”. Los rusos, agregó el Times de manera sugestiva, también habían estado trabajando en esto. Luego, en giro atrás, un nuevo párrafo:

“Furtivamente, a nivel mundial, la amenaza creció”.

Incluso se habló de un arma sónica capaz de “transmitir palabras habladas a la cabeza de las personas”, se estremeció el Times. Y la amenaza podría llegar a buen término, advirtió el periódico, gracias a una nueva investigación basada en un antiguo hallazgo.

El arma potencial podría depender de un fenómeno conocido como el efecto Frey, en el cual un pequeño pulso de microondas se dirige a la oreja, elevando la temperatura dentro de la oreja en una cantidad tan pequeña que no se puede medir, aproximadamente una millonésima parte de grado. Sin embargo, eso

sería suficiente para sacudir ligeramente las moléculas de humedad y crear un efecto acústico. Lamentablemente, la arma sospechosa había pasado de ser una pistola de rayos sónicos a una versión de alta tecnología de una máquina de palomitas de maíz.

Hubo varios problemas obvios con esta teoría. Una explicación “dentro del cráneo”, por ejemplo, no explica el sonido que grabaron los diplomáticos en La Habana. Pero antes de que alguien pudiera sumergirse en los detalles científicos, estalló una pequeña escaramuza de prensa entre el Times y el Washington Post, el cual aplicó un lápiz azul a la trama a lo Clancy.

“Las armas de microondas son el equivalente más cercano en ciencia a las noticias falsas”, dijo Alberto Espay, un neurólogo de la Universidad de Cincinnati, al Post. Kenneth Foster, un bioingeniero que delineó el efecto Frey en 1974, calificó la idea de “loca”. “Las microondas involucradas”, le dijo al Post, “tendrían que ser tan intensas que en realidad quemarían al sujeto”. O, como lo expresó vívidamente hace una década, “cualquier tipo de exposición que puedas darle a alguien que no los queme a crujir, produciría un sonido también débil como para tener algún efecto”.

Si ves lo que les pasó a los diplomáticos en La Habana como un “ataque”, debes buscar algo capaz de producir tal asalto. Tendría que emitir un sonido que variaba ampliamente de oyente a oyente. Tendría que atacar solo a las personas que trabajaban en la embajada. Tendría que asaltarlos dondequiera que estuvieran, ya sea en sus casas o en un hotel. Tendría que producir una amplia gama de síntomas que parecían no tener relación entre sí. Y tendría que comenzar de a poco, con una o dos víctimas, antes de propagarse rápidamente a todos en el grupo.

Da la casualidad de que existe y siempre ha habido un mecanismo que produce precisamente este efecto en los seres humanos. Hoy en día, en la literatura médica se lo denomina trastorno de conversión, es decir, la conversión del estrés y el miedo en una enfermedad física real. Pero la mayoría de la gente lo sabe por un término más antiguo y chirriante: histeria masiva.

Entre los científicos, no es un término popular en estos días, probablemente porque “histeria masiva” convoca la imagen de una gran multitud, que entró en pánico en una estampida (con una bocanada de misoginia lanzada). Pero entendida correctamente, la definición oficial, cuando se aplica a los eventos en La Habana, suena inquietantemente familiar.

Trastorno de conversión, según el International Journal of Social Psychiatry, es la “rápida propagación de signos y síntomas de enfermedad entre los miembros de un grupo social cohesivo, para el cual no existe un origen orgánico correspondiente”.

Tendemos a pensar en el estrés como algo que aflige a una persona que sufre un fuerte dolor psicológico. Pero el trastorno de conversión, o enfermedad psicógena masiva, como también se conoce, es esencialmente el estrés que golpea a un grupo muy unido, como una embajada en estado de sitio, y se comporta epidemiológicamente, es decir, se propaga como una infección.

Debido a que los orígenes de esta aflicción son psicológicos, es fácil para los que están en el exterior descartarlos como “todo está en la mente de la víctima”. Pero los síntomas físicos creados por la mente están lejos de ser imaginarios o falsos. Son tan reales, tan dolorosos y tan verificables, como los que serían infligidos, por ejemplo, por una pistola de rayos sónicos.

“Piense en la enfermedad psicógena masiva como el efecto placebo a la inversa”, dice Robert Bartholomew, profesor de sociología médica y uno de los principales expertos en trastornos de conversión. “Con frecuencia, puedes hacerte sentir mejor tomando una pastilla de azúcar. También puede sentirse enfermo si cree que se está enfermando. La enfermedad psicógena masiva involucra al sistema nervioso y puede imitar una variedad de enfermedades”.

Los científicos en Cuba fueron los primeros en darse cuenta de que el brote en la Embajada de Estados Unidos se ajustó a la histeria masiva. Mitchell Valdés-Sosa, director del Centro de Neurociencia de Cuba, le dijo a The Washington Post: “Si su gobierno viene y le dice: ‘Usted está bajo ataque. Tenemos que sacarte de allí rápidamente’, y algunas personas comienzan a sentirse enfermas ... existe la posibilidad de un contagio psicológico”.

Algunos expertos estadounidenses que pudieron revisar la evidencia temprana estuvieron de acuerdo. “Sin duda, todo podría ser psicogénico”, dijo a la revista Science Stanley Fahn, neurólogo de la Universidad de Columbia .

Si usted repasa los eventos clave y las anomalías del brote en la embajada en La Habana, cada paso se corresponde con los de los casos clásicos de trastorno de conversión. Los primeros pocos empleados afectados por los síntomas fueron los agentes de la CIA que trabajan en suelo hostil, una de las posiciones más estresantes que se puedan imaginar. La conversación inicial entre el Paciente Cero y el Paciente Uno hacía referencia solo al sonido extraño; ninguno experimentó ningún síntoma.

Luego, unos meses más tarde, un tercer funcionario de la embajada informó que estaba perdiendo la audición debido a un “potente rayo de sonido agudo”. A medida que se corría la voz en todo el pequeño complejo de diplomáticos y otros miembros del personal, el Paciente Cero ayudó a hacer sonar la alarma. “Estaba cabildeando, si no forzando, a las personas a reportar los síntomas y a conectar los puntos”, dice Fulton Armstrong, exoficial de la CIA que trabajó encubierto en Cuba.

Según ProPublica, el Paciente Cero informó al embajador Jeffrey DeLaurentis, en una frase reveladora, “el rumor se está volviendo loco”. Así que se convocó una reunión, que propagó el mensaje aún más. Durante las próximas semanas y meses, más de 80 empleados y sus familias se quejaron de una serie de síntomas vertiginosos y aparentemente no relacionados: sordera, pérdida de memoria, estupor mental, dolor de cabeza.

Muchos informaron haber escuchado el ruido extraño, pero no parecían estar de acuerdo en cómo sonaba. Uno lo describió como “moler metal”, y otro lo calificó de “fuerte repique”. Otro más lo comparó con sentir un “aire desconcertante” dentro de un automóvil en movimiento con las ventanas parcialmente cerradas “.

El rumor también se movía mucho. Las primeras cuatro quejas provinieron de agentes de la CIA que trabajaban encubiertos en La Habana, quienes informaron haber escuchado el ruido en sus hogares. Pero luego otros afirmaron que habían sido abatidos por el sonido misterioso mientras se encontraban temporalmente en los hoteles de La Habana, específicamente el Hotel Capri y el Hotel Nacional.

A los pocos días del primer informe, funcionarios de Estados Unidos como Rubio inclinaron la escala de creencia hacia una pistola súper secreta de rayos sónicos, emitiendo comunicados de prensa que se referían a “ataques acústicos”. El director médico del Departamento de Estado pronunció esta exquisita contradicción: “Ninguna causa ha sido descartada”, insistió, pero los hallazgos sugieren que este no fue un episodio de histeria masiva “.

En lugar de esperar por los datos reales y el análisis experto, los funcionarios inmediatamente saltaron a la explicación más exótica posible. El brote en La Habana ciertamente podría haber sido causado por un misterioso arma secreta inaudita. Pero la historia, como se ha desarrollado en los medios de comunicación, siempre ha funcionado a la inversa de la idea de un ataque sonoro. La causa fue dada; la única pregunta era qué rama de la ciencia acústica era responsable.

El secreto gubernamental empeoró las cosas. “No divulgaremos información”, declaró el Departamento de Estado, “que viola la privacidad de las personas o revela sus condiciones médicas”. El Gobierno también ignoró los datos que no se ajustaban a su teoría preferida. Al principio, hubo un brote de síntomas entre los funcionarios canadienses en La Habana, uno de los cuales vivía al lado del Paciente

Cero.

Pero Canadá y Cuba disfrutaban de buenas relaciones, por lo que no tenía sentido que Cuba atacara a los canadienses. Del mismo modo, un informe aislado de un “ataque” similar en la Embajada de los Estados Unidos en China fue noticia brevemente, pero finalmente se eliminó de la narrativa. Los funcionarios de EE. UU. cargaron más los datos seleccionando a las personas enviadas a casa para realizar las pruebas, presentando un conjunto de datos incompleto y engañoso para que los médicos los examinen.

Cuando el *The Journal of the American Medical Association* publicó el informe del equipo médico inicial, también publicó un editorial para lavarse las manos, socavando el mismo artículo que estaba publicando. Las “evaluaciones clínicas iniciales”, observaron los editores de JAMA, “no fueron estandarizadas”. Los “examinadores no lo hicieron a ciegas”, y algunas de las dolencias se basaron en el “autoinforme del paciente”.

Hubo una “falta de evaluaciones de referencia y la ausencia de un control”. Esos factores, concluyeron los editores, junto con el hecho de que muchos de los síntomas informados” ocurren en la población general”, significan que los resultados del estudio son” complicados”. Los editores agregaron una advertencia, muy parecido al de Bush v. Gore (¡Nunca cite este caso en el futuro!), instando a “precaución en la interpretación de los hallazgos”.

Los editores sospecharon que los científicos escépticos atacarían el estudio, que es exactamente lo que sucedió. El editor jefe de *Cortex*, Sergio Della Sala, ridiculizó los métodos de los autores, específicamente por establecer un nivel bajo para informar a los empleados de la embajada como “discapacitados”, lo que dio lugar a “numerosos falsos positivos”.

Tome el síntoma del tinnitus. Unos 50 millones de estadounidenses, una de cada seis personas, experimentan zumbidos en los oídos. Si los científicos de JAMA hubieran evaluado “cualquier grupo de personas normales y sanas” utilizando los mismos criterios que aplicaron a los diplomáticos, señaló Della Sala, habrían encontrado que “varios de ellos se desempeñaron por debajo de la puntuación de corte elegida en uno u otra prueba.”

Por lo tanto, entre el inestable estudio médico y el secreto del gobierno, la descripción de los pacientes que emergieron siempre ha sido vaga. Bartholomew, el sociólogo médico, llama a esto el equivalente a los datos de “una foto borrosa de Bigfoot”.

Es decir, cada criatura inexistente capturada en una fotografía desenfocada suele ser lo suficientemente borrosa como para permitir que cualquiera vea lo que quiera vea, como Chupacabra, o el Carpintero de Filo de Marfil, o Ebu Gogo, o el batsquatch, o el Hombre Lagarto de Scape Ore Swamp.

Los autores del estudio de JAMA apuntaron que consideraron brevemente el trastorno de conversión, pero lo descartaron después de evaluar las “pruebas de simulación”. La simulación significa una enfermedad falsa, lo cual era algo muy extraño para los autores de JAMA. “La simulación estuvo en la literatura hace unos 60 años”, dice Bartholomew, algo desconcertado. “Así que no estoy seguro de qué literatura estaban viendo”. El trastorno de conversión no es una enfermedad falsa. El trastorno de conversión se está convirtiendo en pánico en una enfermedad real.

En diciembre, un nuevo estudio encontró que 25 miembros del personal de la embajada dieron positivo en los síntomas físicos reales, en este caso, alteraciones del equilibrio y funciones cognitivas. “Lo que notamos es el daño universal a los órganos de gravedad en el oído”, dijo el autor principal del estudio al *Times*.

Pero una mirada más cercana al estudio en sí, dicen los expertos, revela que no se encontró tal cosa. “Este documento solo informa sobre la declaración de déficits sin proporcionar evidencia, puntajes, métodos, estadísticas o procedimientos”, explica Della Sala, editor de *Cortex*. “Está muy por debajo de la

media, y no pasaría el escrutinio de ninguna valoración de neuropsicología respetada”. En otras palabras, dice, los síntomas citados en el estudio pueden ser verificables. Pero eso solo “no necesariamente apoya una causa orgánica”.

Contagio psicológico, un resultado que sucede todo el tiempo. Bartholomew, quien está escribiendo un libro sobre el tema, dedica un tiempo cada semana para buscar en Internet casos no reconocidos de enfermedades psicógenas masivas en todo el mundo. “Si accedes a Google y escribes ‘enfermedad misteriosa en la escuela’ o ‘enfermedad misteriosa en la fábrica’ o ‘enfermedad misteriosa’ en general, obtendrás muchos brotes”, dice.

A veces el público no sabe que las enfermedades realmente se diagnosticaron, agrega, porque una forma de tratar el trastorno de conversión es mantener la calma, dejar pasar la situación estresante y observar cómo desaparecen los síntomas. Eso fue lo que sucedió en ese brote de parálisis en una escuela secundaria de Oklahoma en 2017, aproximadamente cuando los diplomáticos de Estados Unidos se dirigían a casa.

El superintendente, Vince Vincent, ordenó pruebas para problemas de moho o envenenamiento por agua, que no encontraron nada, y siguió asegurando a los padres que los funcionarios de salud habían diagnosticado el problema como “trastorno de conversión” y que todos estaban a salvo. Sin embargo, si te preocupas por un brote, como hicieron Rubio y el Departamento de Estado, puedes aumentar la histeria y empeorar las cosas.

No ayuda que las discusiones sobre la histeria de masas típicamente giren en torno a los ejemplos más locos y extremos. Todos los artículos estándar sobre enfermedades psicógenas masivas parecen obligados a citar los juicios de Las brujas de Salem, con descripciones detalladas de las convulsiones y trances de las niñas.

O hay una mención de los niños que ladran en Holanda en 1673, o la epidemia de risa que se desató en un internado de niñas en Tanzania en 1962. El brote de “monjas maullidas” en la Edad Media generalmente merece una mención, al igual que la coreomanía -el frenesí danzante- que se apoderó de la ciudad alemana de Aquisgrán hace siete siglos.

Pero lo más sorprendente de los episodios de histeria en masa es cómo los síntomas, y las causas sospechosas, cambian a lo largo de los siglos para adaptarse a cada momento y cultura. Hace varios siglos, fueron tomados como evidencia de la realidad invisible de la brujería o la posesión espiritual, porque eso tenía todo el sentido en ese momento.

Después de la Primera Guerra Mundial y el infame uso del gas mostaza en Alemania para quemar o matar a miles de soldados, el contagio psicológico comenzó a desencadenarse por olores. Virginia, en la época de la depresión, al parecer, era especialmente susceptible a los brotes de temores por el gas, que las autoridades locales finalmente rastrearon hasta causas orgánicas que van desde chimeneas con respaldo hasta pedos fenomenales.

Después del pánico grupal que estalló en la legendaria transmisión de una invasión marciana de Orson Welles en 1938, una encuesta posterior mostró que una de cada cinco personas que se dieron la vuelta en realidad pensaron que era un ataque de gas alemán. Y durante la Segunda Guerra Mundial, una pequeña ciudad en Illinois se convenció de que estaba bajo el asedio de un misterioso agresor que fue conocido como el “Loco Gasser” de Mattoon.

Hoy, en una época definida por una invasión de la contaminación acústica, los sonidos divertidos pueden estar emergiendo como el nuevo catalizador para el trastorno de conversión. Más allá de los omnipresentes clics y chirridos que nos alertan de nuestros nuevos deberes con respecto a nuestros dispositivos y aparatos, el sonido ya se ha utilizado como arma.

Las tiendas de conveniencia implementan dispositivos de alta frecuencia como repelentes para adolescentes, y la CIA ha torturado a presuntos terroristas con transmisiones durante todo el día del tema Meow Mix o, para los más intratables, los Bee Gees. Pero cada vez más, las personas de todo el mundo informan que están enfermas por los zumbidos persistentes. El Hum de Taos, escuchado por miles, ha plagado las áreas de Nuevo México durante mucho tiempo.

A fines de la década de 1990, Kokomo Hum causó dolores de cabeza, mareos, dolores musculares y articulares, insomnio, fatiga, hemorragias nasales y diarrea en más de 100 personas en Indiana. (Una firma contratada para investigar el misterio salió de la causa, como en tantos casos de contagio psicológico, como un misterio.) Los canadienses en Ontario ahora se preocupan por el Humo de Windsor. Un sitio web llamado World Hum Map ha identificado unas 7,000 ubicaciones en todo el mundo, que se pueden buscar en la “Base de datos de personas que padecen de Hum”.



Base datos mundial de los que sufren de zumbidos. (World Hum Map).

El contagio psicológico ocurre típicamente en lugares donde las personas se juntan bajo presión y donde es difícil escapar, por lo tanto, los monasterios en la Edad Media, o las escuelas modernas, las fábricas y las bases militares. En términos de ubicaciones bajo presión, las embajadas son candidatos fuertes, especialmente cuando un número considerable del personal son espías encubiertos.

Un agente de la CIA me dijo que estos pánicos de baja intensidad ocurren mucho. Escribiendo en *The New Yorker* en 2008, el novelista y ex espía británico, John le Carré, argumentó que los espías son susceptibles a una forma única de histeria. Una de sus primeras misiones, recordó, fue acompañar a un superior en una cita nocturna con una fuente misteriosa.

Pero la fuente nunca llegó. Sólo más tarde, Le Carré se dio cuenta de que su jefe estaba un poco tocado, y probablemente no había habido ninguna fuente en realidad. “La soberbia de la locura por el espionaje no se limita a casos individuales”, advirtió, en un gesto de asentimiento a la embajada en La Habana. “Florece en su forma colectiva. Es un producto propio de la industria en su conjunto”.

Bartolomé sugiere que la “locura de espionaje” de Le Carré es un presagio de las cosas por venir. En 2011, se desató una epidemia entre una docena de niños en una escuela en Le Roy, Nueva York. Los niños fueron atrapados repentinamente por los impedimentos del habla, el Síndrome de Tourette y las contracciones musculares.

Los funcionarios de salud sospecharon rápidamente que los síntomas eran el resultado de un contagio psicológico, pero el canal local de Fox News avivó el brote al amplificar el diagnóstico de un médico de que los niños padecían una infección por estreptococo “similar a PANDAS”.

Los padres indignados formaron un grupo de defensa, y Erin Brockovich apareció exigiendo una investigación que descubriera la causa “real”. Las noticias falsas alimentaron una enfermedad real, y la evidencia científica fue rechazada en favor de creencias predeterminadas. Con el tiempo, la rabia de Fox disminuyó y los síntomas desaparecieron.

El brote de Le Roy se intensificó con mensajes de texto y tweets, avivando el miedo y aumentando la cantidad de niños que reportaron síntomas. Las redes sociales tienen una forma tóxica de crear densas y cerradas guaridas de espías de Le Carré en todas partes. Desde el año 2000, dice Bartolomé, ha habido más eventos de enfermedades psicógenas masivas que en todo el siglo anterior. El tratamiento recetado para el contagio psicológico (evitar la retórica inflamatoria y permitir que todos se calmen) será cada vez más difícil en la era de la Presidencia de Twitter, cuando la población suele sufrir ataques de pánico.

Este otoño, varios expertos informaron al Jefe de Estado Mayor Conjunto sobre el ruido misterioso en la embajada en La Habana. Entre ellos se encontraba James Giordano, jefe de estudios de neuroética en la Universidad de Georgetown, quien cree que existe una “alta probabilidad” de que los diplomáticos en Cuba hayan sido atacados por un arma de “energía dirigida”. Después de la reunión informativa, Giordano informó que los jefes conjuntos expresaron interés en “la idea de que las ciencias del cerebro forman al menos un vector para el nuevo espacio de batalla”.

Luego, como los científicos tienden a hacer, Giordano cambió del inglés al tipo de ensalada de palabras de ciencia ficción que rara vez se escucha más allá del puente de la Enterprise, cuando Scotty lleva a cabo pulsos de taquiones y convergencias en contra del tiempo.

“El culpable más probable aquí”, explicó Giordano, “sería alguna forma de generación de pulsos electromagnéticos y / o generación hipersónica que luego utilizaría la arquitectura del cráneo para crear algo como un amplificador o lente energético para inducir un efecto de cavitación que “Luego induciría el tipo de cambios patológicos que inducirían la constelación de signos y síntomas que estamos viendo en estos pacientes”.

El Orden Machete a través de toda la sintaxis y la combinación de Star Trek , y lo que Giordano nos está diciendo, en suma, es verdadero y aterrador. Hay un nuevo espacio de batalla en la guerra actual de Estados Unidos sobre lo que es real, y se puede encontrar dentro de la arquitectura de nuestros propios cráneos. (Publicado en Vanity Fair. Traducción de [Cubadebate](#)).

<https://www.radiohc.cu/especiales/exclusivas/181119-la-historia-real-detras-del-misterio-de-la-embajada-en-la-habana>



Radio Habana Cuba